

El discernimiento en Agustín de Hipona¹

El significado del verbo discernir o del sustantivo discernimiento es conocido por todos vosotros, por lo cual no me detendré en cuestiones preliminares. Matizaré, si fuera necesario, el significado o el sentido que ofrece Agustín al respecto según pueda variar su argumentación en los textos que consideraremos.

Al igual que sucede con otros términos para nosotros habituales, como *espiritualidad*, el concepto de discernimiento, tal y como lo entendemos en la actualidad, no lo encontramos ni en Agustín ni en otros autores de la antigüedad cristiana. Esto no quiere decir, lógicamente, que el obispo de Hipona no haya reflexionado sobre el tema. Lo hace, y mucho. Como pastor que es, aprovecha cada oportunidad que se le presenta para recordar una de las actitudes fundamentales del creyente: el continuo retorno a Dios. Lo hace cuando exhorta a los cristianos que le escuchan o cuando contesta a quienes le solicitan respuestas a preguntas de todo tipo.

Aunque nuestro autor no lo presente siempre y necesariamente en estos términos, el proceso de discernimiento supone unas etapas: análisis de la realidad o situación vital tanto de la persona como del entorno social, posibilidades reales o al menos hipotéticas de cambio, aceptación de esos cambios, renuncia total o parcial al estado anterior y perseverancia en la nueva dirección, con la esperanza de que sea estable y definitiva.

¹ Conferencia pronunciada el 5 de junio de 2018 durante la Asamblea de la *Organización de Agustinos de Europa* celebrada en Madrid.

Los actores principales de este proceso, que no es necesariamente puntual sino continuo, son tres: Dios, como principio y motor, la propia persona, en la que se van produciendo los cambios vitales, y quienes acompañan ese proceso como guías o consejeros. Por último, se suponen, en el segundo y tercer tipo de actores, una serie de actitudes fundamentales: ilusión, ejemplaridad, honestidad y perseverancia.

El discernimiento está estrechamente unido al concepto clásico de eudemonía. Agustín no es una excepción, con los matices que requiere su reflexión cristiana que coincide con algunas de las escuelas filosóficas clásicas, de modo especial con el estoicismo. Tiene siempre presente, por tanto, una cuestión antropológica fundamental: ¿cuál es el fin del hombre? Y así se expresa en el diálogo *Sobre la vida feliz* citando con toda probabilidad a Cicerón: «Retomando de nuevo mi discurso, afirmé: *Nosotros queremos ser felices*. Apenas dije esto, se mostraron unánimemente de acuerdo».² En qué consista esa felicidad y cómo alcanzarla serán las claves para distinguir y elegir un modo de vida u otro. Hemos de diferenciar entre los medios para ser felices y la propia felicidad.

Agustín distingue entre los términos *uti* y *frui*: las cosas creadas son para ser usadas (*uti*), sólo Dios puede ser gozado (*frui*). Este concepto no es original de Agustín, lo encontramos en otros autores como Varrón, Cicerón o Séneca, Agustín lo transforma. Así, mientras que para Cicerón el sumo bien del hombre se identificaba con la propia perfección moral,³ Agustín interpreta el esquema *uti/frui* en la óptica de la contraposición, de marcado carácter platónico, inmutable/mutable: se debe tender a gozar solamente de aquello que es inmutable, es decir, Dios, y de todo lo que es mutable se debe solamente usar para conseguir el goce de la realidad inmutable. En la escala de valores que traza Agustín: Dios, la propia alma, el prójimo y el propio cuerpo,⁴ sólo Dios es el fin del que se debe gozar y se

2 *De beata vita*, 8 (CCL 29,70).

3 Así lo explica en muchos lugares; entre otros, *Tusc. disp.* 5,28,82 (Pohlenz,441): «Stoicorum quidem facilis conclusio est; qui cum finem bonorum esse senserint congruere naturae cumque ea convenienter vivere, cum id sit in sapientis situm non officio solum, verum etiam potestate, sequatur necesse est, ut, cuius in potestate summum bonum, in eiusdem vita beata sit».

4 *doctr. chr.* 1,22 (Simonetti,44): «No todas las cosas de las que hemos de usar deben amarse, sino únicamente aquellas que, o se encaminan

tiene que amar por sí mismo, mientras que los otros bienes solamente se deben usar y se deben amar por Dios: Cristo encarnado, en cuanto Dios, es la meta hacia la que debemos tender; en cuanto hombre, es el camino a través del que debemos ir hacia la meta.⁵ Se trata de una aplicación totalizante, ya que resuelve en el esquema *uti/frui* la entera relación que existe entre Dios y el hombre y entre el hombre y los demás hombres y el resto de las criaturas. En el fondo, Agustín aplica este esquema tomado de la filosofía pagana para llegar al precepto escriturístico del doble amor (*gemina caritas*)⁶, a Dios y a los hombres, también a través de la razón. Lo apreciamos mejor en el siguiente sermón:

«Con su estudio, su investigación, sus diálogos y su vida, los filósofos, sin excepción, no apetecieron otra cosa que conseguir la vida feliz. Esta fue la única causa de su filosofar; pero pienso que esto lo tienen también en común con nosotros. Efectivamente, si yo os preguntase por qué creéis en Cristo, por qué os hicisteis cristianos, con verdad todo hombre me respon-

a Dios, como son el hombre o el ángel, o se relacionan con nosotros y necesitan de nuestro apoyo para conseguir el beneficio de Dios, como es nuestro cuerpo. Porque ciertamente los mártires no amaron el crimen de sus perseguidores, pero usaron de él para conseguir el gozo con Dios. Cuatro son los géneros de cosas que han de amarse: uno, el que está sobre nosotros; otro, nosotros; el tercero, lo que se halla junto a nosotros; y el cuarto, lo que es inferior a nosotros. Sobre el segundo y cuarto no era necesario se diesen preceptos. Pues, por mucho que el hombre se aparte de la verdad, siempre le queda el amor de sí mismo y el de su cuerpo; porque el alma que huye de la luz inmutable que reina sobre todos los seres, lo hace para imperar en sí misma y en su cuerpo y, por lo tanto, no puede menos de amarse a sí misma y a su mismo cuerpo». Ver también, *diu. qu.* 30 (CCL 44A,38): «como hay diferencia entre lo honesto y lo útil, también la hay entre el gozar y el usar. Y aun cuando pueda defenderse agudamente que todo lo honesto es útil y todo lo útil es honesto, con todo, porque es más exacto y más usual llamar honesto a aquello que es deseable por sí mismo, y útil a lo que se refiere a otro fin, nosotros hablamos aquí según esta distinción, defendiendo, sin dudar, que lo honesto y lo útil no se contradicen en manera alguna. Porque a veces por ignorancia y superficialmente se cree que se oponen uno y otro. Se dice que gozamos de una cosa cuando de ella recibimos placer; que usamos de ella cuando la referimos a la causa de donde debe conseguirse el placer. De este modo, toda perversión humana, que se llama también vicio, consiste en querer usar de lo que debe gozarse, y gozar de lo que debe usarse. Y a su vez, toda rectitud, que se llama también virtud, consiste en gozar de lo que debe gozarse, y usar de lo que debe usarse. En efecto, ha de gozarse de lo que es honesto, y ha de usarse lo que es útil»

⁵ cf. *doctr. chr.* 1,38 (Simonetti,64).

⁶ cf. *s. Wilm.* 2,3 (MA 1,676).

dería: «Pensando en la vida feliz». Así, pues, el deseo de la vida feliz es común a los filósofos y a los cristianos. Pero de aquí surge la cuestión: dónde encontrar esa realidad en que todos están de acuerdo y luego distinguir las respuestas. En efecto, el apetecer la vida feliz, el quererla, el desearla, ansiarla y buscarla es —pienso— común a todos los hombres. Por lo cual me parece que me quedé corto al decir que esta apetencia es común a filósofos y cristianos; debí decir más bien a todos los hombres, absolutamente a todos, buenos y malos. [...] El ser feliz es, sin duda, un bien para todos. ¿Por qué, entonces, el malo anda descaminado? Porque buscando el bien, obra el mal. ¿Qué busca, pues? ¿Por qué la codicia de los malos aspira a la recompensa de los buenos? La vida feliz es la recompensa de los buenos; la bondad, la tarea; la felicidad, la recompensa. Dios asigna la tarea y presenta la recompensa. Te dice: «Haz esto y recibirás aquello». El malo, en cambio, me responde: «Si no obro el mal, no seré feliz». Como si alguien dijera «Sólo siendo malo llegaré al bien». ¿No ves que el bien y el mal son cosas contrarias? ¿Buscas el bien y obras el mal? Corres en dirección contraria, ¿cuándo vas a llegar?»⁷

Nos encontramos, por tanto, ante un *ordo amoris*, un orden de nuestros amores, que si lo desdeñamos, nos conduce a la autodestrucción moral. En *La ciudad de Dios* Agustín ofrece su definición más concisa de este concepto: *uirtus est ordo amoris*, la virtud es el orden del amor.⁸ No nos detenemos ahora en el concepto de *uirtus* agustiniana, nos basten las nociones que acabamos de presentar en modo sintético para seguir reflexionando acerca del discernimiento cristiano.

1. BASE ESCRITURÍSTICA

Para hablar del discernimiento, o de cualquier otro tema ya sea teológico, filosófico o espiritual, en Agustín o en cualquier otro Padre de la Iglesia, la reflexión ha de apoyarse necesariamente en la sagrada Escritura. De entre muchos otros, nos fijaremos en dos pasos, uno evangélico (*Mc* 10,18) y otro paulino (*Rm* 12,2).

⁷ s. 150,4 (REAug 45,41-42).

⁸ *ciu.* 15,22 (CCL 48,488): «El mismo amor que nos hace amar bien lo que debe ser amado, debe ser amado también ordenadamente, a fin de que podamos tener la virtud por la que se vive bien. Por eso me parece una definición breve y verdadera de la virtud: el orden del amor. Según esto, canta en el Cantar de los Cantares la esposa de Cristo, la ciudad de Dios: *Ordenad en mí la caridad* [Ct 2,4]».

1.1. *Sinópticos*

El pasaje del evangelio de Marcos y sus paralelos nos presenta el episodio conocido como el del joven rico:

Mc 10,17: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna? [etc.]»⁹

No me entretengo en las diferencias textuales entre las dos versiones que ofrecen los sinópticos, ya que en el análisis que de ellas hace Agustín no supone un cambio fundamental de perspectiva. Agustín, en la mayor parte de los textos en los que comenta este pasaje, se fija en dos expresiones que nos interesan especialmente en nuestra reflexión: *serua mandata* y *si uis perfectus esse*.

Respondiendo a Adimanto, discípulo de Manes, acerca de posibles contradicciones internas de la Escritura, escribe Agustín:

«[...] en otro lugar dice a un hombre que buscaba la vida eterna: *Si quieres llegar a la vida, guarda los mandamientos*, [...]. También mediante el cumplimiento de estos mandamientos se crece en el amor de Dios, en el que radica toda la perfección. En efecto, el amor al prójimo es un peldaño para llegar al amor de Dios. Por eso, cuando aquel hombre le responde que ya había cumplido todos aquellos mandamientos, le indica que aún le faltaba una cosa, si quería ser perfecto; a saber, vender sus posesiones, dar lo recabado a los pobres y seguirle».¹⁰

En este caso, nuestro autor se limita a explicar el contenido del pasaje evangélico y muestra el punto de partida más práctico y básico del proceso de conversión del hombre a Dios. Una reflexión más profunda, en un contexto menos polémico que el anterior, se encuentra en el tratado *La fe y las obras*, donde responde a las tesis de algunos hermanos seculares que, separando de tal modo la fe cristiana de las obras buenas, enseñaban que sin la fe no era posible conseguir la vida eterna, pero que sin las obras se podía alcanzar:¹¹

«[...] recuerden lo que el mismo Señor respondió cuando aquel rico le pregunta qué debía hacer para alcanzar la vida eterna: *Si quieres llegar a la vida, guarda los mandamientos*. Y al contestar ¿cuáles?, entonces el Señor le recordó los precep-

⁹ Coincidente con Lc 18,18 y su paralelo Mt 19,16: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?»

¹⁰ *c. Adim.* 6 (CSEL 25,1,126).

¹¹ *cf. retr.* 2,37 (CCL 57,121).

tos de la ley: *No matarás, no fornicarás*, etc. Al responder que esto lo había cumplido desde su juventud, el Señor añadió también el precepto de la perfección, esto es, que vendiendo todos sus bienes y dándolos en limosna a los pobres tendría un tesoro en los cielos y que siguiese al mismo Señor. Adviertan, pues: a aquel hombre no le dijo que creyese y se bautizase – única ayuda, según estos, con la cual se puede obtener la vida eterna–, sino que se le dieron los preceptos morales, que no pueden ser guardados y observados ciertamente sin la fe. [...] Así, pues, quien cree en Dios debe hacer lo que ha mandado Dios, y, por tanto, quien lo hace porque Dios lo ha mandado, es necesario que crea en Dios». ¹²

Como puede apreciarse, a la exégesis del texto añade una explicación más concreta acerca no solamente de los requisitos que se presuponen al que decide cambiar la orientación de su vida, sino también de la gradación del proceso. A ello, por la propia finalidad de la obra, ofrece una orientación que sirva para discernir adecuadamente sobre el problema siempre presente de la relación entre la fe y las obras.

Un paso más para discernir la voluntad de Dios la ofrece en una carta dirigida a Hilario, que escribe desde Siracusa a Agustín para preguntarle algunas cuestiones relacionadas con ciertos postulados pelagianos que le preocupan grandemente. Agustín, como hemos visto en los textos propuestos anteriormente, vuelve a explicar la Escritura a través de la Escritura, y a la cuestión sobre la posibilidad o no de que los ricos se salven explica el modo de proceder de algunos patriarcas del Antiguo Testamento y lo relaciona con el episodio del joven rico:

«¿A quién dio el Señor ese precepto? A aquel rico que para conseguir la vida eterna quería recibir un consejo. Eso había dicho él al Señor: *¿Qué haré para conseguir la vida eterna?* Pero Cristo no le contestó: «Si quieres venir a la vida, ve y vende todo lo que tienes», sino: *Si quieres venir a la vida, guarda los mandamientos*. Al decir el joven que los había guardado, según el Señor los consignaba en la ley, y al preguntar qué le faltaba aún, recibió esta respuesta: *Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres*. Y para que no creyera que de ese modo perdía lo que mucho amaba, añadió: *Y tendrás un tesoro en el cielo*. Después añadió: *Y ven y sígueme*. Así, nadie piense que le aprovechará el ejecutarlo si no sigue a Cristo. Pero el joven se

¹² *f. et op.* 20 (CSEL 41,60-61). Ver también, *ibid.* 25 (CSEL 41,65); 49 (CSEL 41,96). Un línea argumentativa similar la encontramos en *Dulc. qu.* 1,4 (CCL 44A,258).

alejó triste: él vería cómo había guardado los mandamientos de la Ley. Yo opino que respondió que los había guardado con más arrogancia que verdad. Con todo, el buen Maestro distinguió entre los mandamientos de la Ley y esa perfección más excelente. De los primeros dijo: *Si quieres venir a la vida, guarda los mandamientos*. Y de la segunda: *Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, etc.* ¿Por qué hemos de negar que los ricos vienen a la vida eterna, aunque se excluyan de la otra perfección, con tal de que guarden los mandamientos, y den para que se les dé, y perdonen para que se les perdone?»¹³

En efecto, un primer paso está al alcance de todos, el conocimiento de los mandamientos. El segundo paso, su cumplimiento, posibilita, además, un mayor conocimiento de la voluntad divina: «cumpliendo los mandamientos de Dios, [se consigue] el conocimiento de aquellas cosas que había deseado saber»¹⁴. El tercer paso, la perfección, se consigue despojándose de lo propio para dárselo a los pobres y, una vez hecho esto, seguir a Cristo. Este último paso, que conduce a la perfección, es el más complicado y el que marca, efectivamente, la diferencia entre el cumplimiento, necesario, de los preceptos y el seguimiento radical a Cristo:

«Él, que se gozaba en sus riquezas y por eso preguntaba al Señor qué tenía que hacer de bueno para conseguir la vida eterna, porque deseaba pasar de unos placeres a otros, y temía abandonar aquellos en que encontraba su gozo, se alejó triste, volviendo a sus tesoros terrenos. No quiso confiar en el Señor, que puede conservar en el cielo lo que ha de perecer en la tierra. No quiso ser verdadero amador de su tesoro. Poseyéndolo en forma inadecuada, lo perdió; amándolo con exceso, lo echó a perder. Pues si lo hubiese amado como debía, lo hubiese enviado al cielo, adonde le seguiría él después. El Señor le mostró una casa adonde llevarlo, no un lugar donde perderlo. A continuación dice: *Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón*».¹⁵

Explicaciones similares las encontramos principalmente en los sermones, seguramente el género más adecuado para animar a los cristianos a cambiar la orientación de sus vidas y pasar de la vida a la perfección.¹⁶

13 *ep.* 157,25 (CSEL 44,474-475).

14 *en. Ps.* 118,22,8 (CCL 40,1740).

15 *s.* 38,7 (CCL 41,482).

16 *cf.* *s.* 38,7 (CCL 41,482); *s.* 84,1 (AevInter [1991],71); *s.* 85,1 (PL 38,520); *s.* 306,6-7 (PL 38,1403-1404); *s.* 346,1 (PL 39,1522); *s.* *Dolbeau* 19,4 (F. Dolbeau, *Vingt-six*,158).

1.2. Pablo

Este segundo texto de la *Escritura* ilumina directamente nuestro tema. El apóstol traza todo el proceso que conlleva el discernimiento, desde una vida mundanal a una aceptación de la voluntad de Dios, equivalente a su bondad, agradabilidad y perfección:

Rm 12,2: «Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto»

Agustín comenta este versículo de Romanos en diferentes ocasiones. Así, en su tratado *Sobre la Trinidad*, hablando acerca de la renovación de la imagen de Dios en el hombre deformada por el pecado, dice así:

«Quienes, avisados, se convierten al Señor, son reformados por Él de aquella deformidad suya por la que se conformaban a este mundo, siguiendo las apetencias del siglo, al escuchar al Apóstol, que les dice: *No queráis conformaros a este siglo, sino reformaros por la innovación de vuestra mente*, para que la imagen empiece a ser reformada por el que la formó. No puede el alma reformarse, pero sí pudo deformarse. Dice en otro lugar: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente y Vestíos del hombre nuevo, aquel que fue creado según Dios en justicia y santidad verdaderas*. Lo que se dice aquí creado según Dios, se dice en otra parte a imagen de Dios».¹⁷

Este principio de renovación, intrínseco al proceso de discernimiento que permite llevar al hombre a su perfeccionamiento, aparece como nota principal cada vez que emplea este pasaje de Pablo. Se trata, en definitiva, de vivir plenamente, de recuperar aquella imagen primigenia del hombre:

«Porque mira, Señor Dios nuestro, creador nuestro, que cuando estén bajo control frente al amor del siglo nuestros afectos, por los cuales moríamos viviendo mal; y cuando nuestra alma comience en realidad a ser *alma viviente* viviendo bien, y cuando se cumpla tu palabra, que dijiste por tu Apóstol: *No queráis conformaros a este siglo*, se realizará lo que a continuación añadiste, diciendo: *Sino reformaos con la renovación de vuestra mente* [...] Porque con esta finalidad [...] para no tenerlos siempre en condición de párvulos [...] dijo: *Reformaos con la renovación de vuestra mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno y agradable y perfecto*».¹⁸

¹⁷ *trin.* 14,22 (CCL 50A,451).

¹⁸ *conf.* 13,32 (CCL 27,260).

El alma, explica en *La ciudad de Dios* sirviéndose de la cita paulina, se convierte ella misma en sacrificio cuando se relaciona con Dios para que encendida por el fuego de su amor pierda la forma de la pasión terrena y se reforme sometida a él como forma inmutable, agradable por tanto a Dios porque ha recibido la propia hermosura divina.¹⁹ Idéntico razonamiento, el retorno al hombre como verdadera imagen de Dios, que emplea en una carta enviada a Consencio, que había preguntado a Agustín si era correcto sostener que es necesario percibir la verdad de las cosas divinas por la fe más bien que por la razón:

«Y ¿qué otra cosa es la justicia que hay en nosotros, o cualquiera otra virtud que nos haga vivir recta y sabiamente, sino la hermosura del hombre interior? Y en verdad hemos sido hechos a imagen de Dios según esta hermosura, más bien que según el cuerpo. Por eso se nos dice: *No queráis conformaros con este siglo, sino reformaos según la novedad de vuestra mente, para que probéis cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno y lo recto y lo perfecto*. Hablamos de la mente sin referirnos a corpulencia alguna ni a partes dispuestas en sus correspondientes localidades, como cuando vemos o imaginamos cuerpos; aludimos a una virtud inteligible, cual es la justicia, y la conocemos y la creemos hermosa, y, según esa hermosura, somos reformados a imagen de Dios».²⁰

Con ocasión de la polémica pelagiana, este tema de la renovación del hombre y cómo se realiza se presenta en modo recurrente. Respondiendo a las tesis de Celestio, en particular a las formas en que se manifiesta el pecado y su relación con el cumplimiento o no de los mandamientos, afirma Agustín:

«[...] también el apóstol Pablo los resumió [i.e. pecado y mandamiento] en una frase. Porque ésta es su prohibición: *No os ajustéis a este mundo*; y el mandato: *sino transformaos por la renovación de la mente*. Lo primero se refiere al no codiciar; lo segundo, al amar. Aquello a la continencia, esto a la justicia. Lo primero, a evitar el mal; lo segundo, a hacer el bien. Porque, al no codiciar, nos despojamos de la vejez, y, al amar, nos revestimos de la novedad».²¹

Vemos unidos, en cierta manera, el cumplimiento de los mandamientos para obtener la vida y el discernimiento de la voluntad de Dios, que conlleva una implícita transformación

19 cf. *ciu.* 10,6 (CCL 47,278).

20 *ep.* 120,20 (CSEL 34,2,722).

21 *perf. iust.* 11 (CSEL 42,10).

interior, para alcanzar la plenitud, esto es la perfección de nuestra condición humana, como ya lo habíamos indicado anteriormente: el *serua mandata* y el *si uis perfectus esse*, base y meta, respectivamente, de la conversión del hombre, de su renovación y su perfeccionamiento —definitivo— a imagen de Dios.

El germen de tal proceso está ya presente en el hombre porque fue creado precisamente a imagen de Dios, como lo recuerda Agustín comentando el salmo 32:

«En tu alma está la imagen de Dios, la mente humana llega a percibirla. El hombre lo supo, pero se inclinó hacia el pecado y empalideció la divina imagen. El mismo Dios, que antes había sido su creador, vino en persona como restaurador, ya que por su Palabra se habían creado todas las cosas, también por esa misma Palabra había sido impresa dicha imagen. Vino la Palabra misma, como hemos oído del Apóstol: *Renovaos mediante la renovación de vuestra mente*».²²

2. LAS CONFESIONES

Hemos citado anteriormente esta obra, aunque de manera meramente circunstancial. Hagámoslo ahora con mayor detenimiento. La novedad de las *Confesiones* reside (nos recuerda N. Cipriani en un artículo de próxima publicación²³), en la importancia, casi absoluta, otorgada a la dimensión personal de Dios, tal y cómo se revela en la Biblia —es decir, un Dios creador y salvador—, y al mismo tiempo en la atención dedicada al hombre en su relación constitutiva y existencial con Dios. Para entender esta novedad de la que depende en gran parte la comprensión de las *Confesiones*, y también para seguir indagando sobre el proceso de discernimiento que nos ocupa, el capítulo quinto del primer libro reviste una importancia fundamental.

Mientras que en el capítulo cuarto Agustín se pregunta: «¿Qué es entonces mi Dios?»²⁴, en el quinto se pregunta: «¿Qué eres tú para mí?»²⁵ La primera cuestión pertenece al plano ontológico. La segunda al plano de la relación personal y de la historia. El cambio de perspectiva está subrayado inmediata-

22 *en. Ps.* 32,2,2,16 (CCL 38,266).

23 Conferencia con motivo de los XXV años de la institución académica San Justino, Madrid, 21 de marzo de 2017.

24 *conf.* 1,4 (CCL 27,2): «quid es ergo deus meus?»

25 *ibid.* 1,5 (CCL 27,3): «quid mihi es?»

mente por otra pregunta que completa a la anterior y que pone el acento sobre la relación personal del hombre con Dios: «¿y qué soy yo para ti?»²⁶ Pocas líneas más adelante, vuelve a preguntarse en tono aún más dramático: «¡Ay de mí! Dime, por tus misericordias, Señor Dios mío, qué eres para mí».²⁷

Este cambio de perspectiva constituye en realidad un salto de calidad en el desarrollo de la antropología agustiniana. Lo vemos si comparamos las preguntas anteriores con los diálogos escritos antes e inmediatamente después del bautismo. Así, en los *Soliloquios*, Agustín afirma reconocer que le basta únicamente una cosa: «¡Oh Dios, siempre el mismo!, conózcame a mí, conózcate a ti».²⁸ Nos movemos, por tanto, en un plano más metafísico. Ahora, en la *Confesiones*, se cambia el enfoque. Se trata de un plano más subjetivo, más de relación entre Dios y el hombre. Lógicamente el movimiento se produce en las dos partes, en quien ofrece un cambio, Dios, y en quien se abre a ese cambio y acepta la intervención de Dios en su vida. El discernimiento, pues, es principalmente cosa de ambos: Dios y el hombre. Lo vemos también en el libro décimo:

«Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Lejos de ti me retenían aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y más tarde me gritaste, y rompiste finalmente mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, lo inhalé en mi respiración, y ahora suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me encendí en deseo de tu paz».²⁹

Este texto, además de constituir la clave de lectura de las *Confesiones*, indica la esencia misma del encuentro de Dios con el hombre; encuentro que posibilita al hombre el poder distinguir, discernir, cambiar, convertirse y perfeccionarse. Ese encuentro, debido a la libre voluntad de Dios y a su deseo de que todos los hombres se salven (esto es, vuelvan a la comunión plena con él), exige, por parte del hombre, un conocimiento no sólo de la voluntad de Dios —que se logrará, aunque no necesariamente de modo inmediato— sino también y sobre todo un autoconocimiento del hombre. Un conocimiento que ayuda al

26 *ibid.*: «quid tibi sum ipse».

27 *ibid.*: «ei mihi! dic mihi per miserationes tuas, domine deus meus, quid sis mihi».

28 *sol.* 2,1 (CSEL 89,45).

29 *conf.* 10,38 (CCL 27,175).

propio hombre en dos aspectos: confesar mejor la acción de Dios, que es creador y redentor, y reconocer la realidad existencial propia, del hombre pecador y necesitado de ayuda exterior. Esa situación existencial del hombre explica justamente el deseo de satisfacer las ansias más profundas del hombre, como lo explica al comienzo de las *Confesiones*: «A pesar de todo, quiero alabarte el hombre, que es una parte de tu creación. Tú mismo le incitas a ello, para que se deleite en alabarte, porque nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».³⁰

No hay paz ni reposo fuera de Dios, ni tampoco durante esa dura travesía del hombre hacia Dios. La promesa y la gracia sostienen al hombre en esta fatiga que, a pesar de su dureza, no es en vano: «¡Gran miseria la del hombre no estar con aquel sin el cual no puede existir!».³¹ La presencia de Dios, a través de su gracia, acompaña este proceso, al igual que otras mediaciones, menores pero igualmente importantes, como es la amistad. Sobre ésta habla en numerosas ocasiones, principalmente en el libro cuarto de las *Confesiones*. El discernimiento en clave agustiniana, por tanto, no puede prescindir de la propuesta honesta y clara de este medio a la persona. Amistad que aun siendo una de las experiencias más bellas de la vida de los hombres, si no se fundamenta en Dios, si no está basada en el amor que infunde el Espíritu, termina también decepcionando al hombre y convirtiéndose en fuente de inquietud y de infelicidad.³²

Recordemos, no obstante, que en todo este proceso Dios se presenta como el actor principal que anima y da sentido al resto:

«¿Dónde no has caminado conmigo, oh Verdad, enseñándome lo que debía evitar y lo que debía apetecer, cuando te manifestaba yo mis pensamientos más interiores, los que pude, y te pedía consejos? Recorrí como pude con los sentidos este mundo exterior, y presté atención a la vida que de mí recibe mi cuerpo y mis sentidos mismos. Penetré después en las estancias de mi memoria, múltiples y espaciosas, llenas de innumerables riquezas por modos maravillosos; las contemplé y me sentí sobrecogido. Nada de aquello pude entender sin ti. Y descubrí que nada de aquello eras tú».³³

30 *ibid.* 1,1 (CCL 27,1).

31 *trin.* 14,16 (CCL 50A,444).

32 *cf. conf.* 4,14 (CCL 27,47).

33 *ibid.* 10,65 (CCL 27,190).

Actor y garante del proceso de discernimiento cuando el hombre se encuentra perdido, desorientado o sin esperanza. Nos lo recuerda en un texto plagado de citas bíblicas, prueba de la importancia vital que debe adquirir en la vida del cristiano la *Escritura*:

«De Él recibimos durante nuestra peregrinación la prenda [2 Cor 5,5] y garantía, para que seamos ya la luz [Ef 5,8], mientras que todavía *en esperanza somos salvos* [Rm 8,24] *e hijos de la luz e hijos del día, no hijos de la noche ni de las tinieblas* [1Tes 5,5], que un tiempo fuimos. Entre ellas y nosotros y en la actual incertidumbre del conocimiento humano, solamente tú puedes establecer la distinción, puesto que eres *tú el que pones a prueba nuestros corazones* [1Tes 2,4] y *llamas día a la luz y tinieblas a la noche* [Gn 1,5]».³⁴

Este texto, perteneciente al último libro de las *Confesiones*, no hace sino cerrar el argumento que el propio Agustín había iniciado en el libro segundo, al presentarse ante Dios como hombre indefenso, errante:

«¿Y qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado? Pero no guardaba yo el debido equilibrio que va de alma a alma, ya que las fronteras de la amistad son algo luminoso, sino que del fango de mi concupiscencia carnal y del manantial de la pubertad se levantaban como unas nieblas que obscurecían y ofuscaban mi corazón hasta no discernir la serenidad del amor de la oscuridad de la lujuria. Uno y otro confusamente abrasaban y arrastraban mi edad, aún sin consistencia, por los despeñaderos de mis pasiones y me sumergían en un mar de torpezas».³⁵

Porque solamente Dios puede enseñar a distinguir la meta adecuada a la que orientar nuestra vida, ese Dios que ilumina el corazón y discierne sus sombras.³⁶ Aquel que permite discernir la verdad de las cosas frente a los engaños de quienes se erigen como modelos equivocados de vida o de pensamiento.³⁷ El Dios al que insistentemente le pide Agustín que le ilumine para poder discernir adecuadamente, para no confundir la voluntad divina con un sueño o un capricho personal.³⁸

Esa voluntad divina que se manifiesta a través de la gracia del único que puede dar pleno sentido a la vida —perfeccionar-

34 *ibid.* 13,15 (CCL 27,250).

35 *ibid.* 2,2 (CCL 27,18).

36 *ibid.* 2,16 (CCL 27,25).

37 *ibid.* 5,3 (CCL 27,58).

38 *ibid.* 6,23 (CCL 27,89).

la— y salvar: Jesucristo. Gracia que despeja el camino del hombre y que se encuentra en la *Escritura* haciendo vano, a efectos de vida feliz y perfecta, cualquier otro tipo de ciencia o de conocimiento:

«Porque ¿dónde estaba aquella caridad que edifica sobre el fundamento de la humildad, que es Cristo Jesús? ¿O cuándo me enseñarían la humildad aquellos libros? Yo creo que tú quisiste que vinieran a mis manos antes que considerase tus *Escrituras*, con el intento de que se grabasen en mi memoria los afectos que produjeron en mí; y cuando más tarde fue amansado en tus libros, y mis heridas fuesen curadas por tus delicados dedos, supiese discernir y distinguir la diferencia que hay entre la presunción y la confesión; entre los que ven a dónde se debe ir, pero no ven por dónde se va, y el camino que conduce a la patria feliz, no sólo para contemplarla, sino para habitar en ella. Porque si yo hubiera sido formado primeramente en tus *Sagradas Letras* y, una vez familiarizado con ellas, te encontrara dulce para conmigo, y después hubiera leído los libros platónicos, tal vez me hubieran arrancado del sólido fundamento de la piedad; o si persistiera en el afecto saludable que había bebido en ellas, al menos habría pensado que, si alguno leyese solamente aquellos libros, podía sacar de ellos el mismo afecto».³⁹

3. SERMONES

Hasta ahora hemos tomado en consideración algunos de los textos más significativos de Agustín en los que nos presenta su experiencia de vida y el modo de interpretar algunos pasos de la *Escritura* estrechamente relacionados con el discernimiento. Con el propósito de facilitar una mayor profundización —personal, comunitaria o pastoral— en este tema, les proporciono otros textos agustinianos. Me limitaré a tres sermones, género literario que, como indiqué anteriormente, permite a Agustín hablar directamente a los fieles para animarles, exhortarles y moverles a la conversión, que no es sino manifestar vitalmente la opción por Dios. En estos que propongo se pueden identificar tanto los actores como los mecanismos que intervienen en el proceso de discernimiento vocacional o vital, que en este caso, como en prácticamente los demás cuando se trata de la vida cristiana, coinciden.

³⁹ *ibid.* 7,26 (CCL 27,110).

Comentando el salmo 52, explica quién es y qué función tiene el Espíritu Santo. En él, junto al ejemplo de Cristo, *cari- dad que edifica sobre la humildad*, el cristiano encuentra el don de Dios que facilita el discernimiento del resto de dones. Sin detenerse en profundas disquisiciones teológicas sobre el Espí- ritu, que desarrolla en otro género de obras, Agustín anima de este modo a sus oyentes:

«Por este Espíritu, pues, que nos hace conocer a nosotros lo que es don de Dios, distinguimos entre nosotros y aquellos que no han recibido ese don de Dios, y por nosotros los cono- cemos a ellos. Porque si nosotros vemos que no hemos podi- do recibir ningún beneficio, sino de aquel de quien proviene todo don, vemos también que no han podido recibir los demás a quienes Dios no les ha hecho tales dones. Este discernimiento nos viene del Espíritu de Dios; y por lo mismo que lo vemos nosotros, decimos que lo ve Dios; porque es él quien hace que lo veamos. Por eso se dijo también a este respecto: *El Espíritu de Dios todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios*, no porque él, que lo sabe todo, vaya investigándolo, sino que el Espíritu se te ha concedido a ti, y te lo hace escrutar a ti; y lo que tú puedes realizar por don suyo, decimos que lo hace él, ya que sin él tú no lo podrías realizar. En resumen, decimos que hace Dios lo que te concede hacer a ti».⁴⁰

Un aspecto de suma importancia, que complementa la ac- ción gratuita y generosa del Espíritu santo, es la colaboración atenta del hombre en el proceso de discernimiento. A esto dedica Agustín el s. 182, en el que explica 1Jn 4,1-3: «Amadísimos, no deis fe a cualquier espíritu; antes bien, examinad los espíri- tus para ver si proceden de Dios». En él previene a los cristia- nos de las mentiras de los falsos profetas, que son, por natura- leza, mentirosos. Agustín se refiere en este sermón al peligro que supone la doctrina maniquea que niega la encarnación del Hijo de Dios. Nos importa, sin embargo, el método de evitar el error y elegir la verdad. Método que sirve para cualquier decisión que haya de tomarse en la vida, no solamente para defender, como es el caso concreto, una verdad fundamental de la fe cristiana. Exhorta Agustín a la vigilancia con un asíndeton cargado de vitalidad,: «Ea, pues, escuchad; escuchad, comprended, distin- guid»,⁴¹ el modo de resistir a la falsedad adheridos a la verdad. Empleando la imagen de la amenaza del lobo, continúa:

40 en. Ps. 52,5 (CCL 39,641).

41 s. 182,2 (PL 38,985): «Eia audite; audite, intellegite, discernite».

«Estoy viendo ahora por dónde quiere colarse el lobo; lo advierto, y, en la medida de mis posibilidades, mostraré cómo ha de evitarse. [...] Hemos topado con el lobo; tendámosle las redes salvadoras, cacémoslo, apresémoslo y, una vez apresado, despedacémoslo. Despedacémoslo, sí; ¡muera el error y viva el hombre! Ved que en las palabras que acabo de decir: «Apresémoslo, despedacémoslo; ¡muera el error y viva el hombre!», está la solución del problema. Pero recordad lo que os propuse, no sea que, habiendo olvidado el problema, no entendáis la solución. Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo vino en la carne, no procede de Dios».⁴²

La clave está en la confianza en Dios, por una parte, y en la perspicacia del hombre, que ha de estar alerta para no sucumbir ante falsas expectativas, doctrinas o modos de vida.

Finalmente, Agustín previene de otro error que a menudo acecha al cristiano que, con buena fe pero sin verdadera caridad, cree que solamente las obras sirven para orientar en modo adecuado la vida:

«¿Quién sabe, quién ve que no es el orgullo el que conduce las propias acciones buenas? ¿Dónde se da eso? Nosotros vemos las obras: da de comer la misericordia, da de comer también el orgullo; practica la hospitalidad la caridad, la practica también el orgullo; intercede en favor del pobre la misericordia, intercede también el orgullo. ¿Qué decir a esto? Las obras no son criterio de discernimiento. Me atrevo a decir algo; pero no soy yo, fue Pablo quien lo dijo: la caridad lleva a la muerte, es decir, un hombre poseído de la caridad confiesa el nombre de Cristo y sufre el martirio; en otro lo confiesa asimismo el orgullo y sufre también él el martirio. El primero posee la caridad, el segundo no. Pero oiga este segundo de boca del Apóstol: *Aunque distribuya todos mis bienes a los pobres y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve* [1Cor 13,3]».⁴³

4. CONCLUSIÓN

Para Agustín, el discernimiento no se limita a un momento de la vida, ni tampoco a un procedimiento que haya que poner en marcha exclusivamente cuando el cristiano debe decidirse por seguir un camino u otro. Se trata de una actitud permanen-

⁴² *ibid.*

⁴³ *ep. Io. tr. 8,9* (PL 35,2041).

te. El creyente ha de estar siempre atento a tres aspectos fundamentales: en primer lugar a la voz de Dios; en segundo lugar, a sus propias capacidades; y, por último, a las necesidades de la Iglesia y de los demás. Traduciéndolo a nuestras categorías, el discernimiento no termina con la decisión de comprometerse más radicalmente con Dios, a través de la vida religiosa o de la ordenación sacerdotal o de cualquier otro servicio o ministerio en la Iglesia. El discernimiento es una tarea, y una fatiga, continua. Inicia con una llamada, un toque de atención por parte de Dios, y concluye cuando el hombre se une definitivamente al mismo Dios que le llamó, cuando el hombre es finalmente renovado y perfeccionado a imagen de quien le creó, le acompañó y le salvó.

J. M. HERRANZ MATÉ, O.S.A.

FE DE ERRATAS del presente número:

El artículo titulado: *El discernimiento en San Agustín de Hipona*, tiene por autor a Juan Antonio Cabrera Montero, O.S.A., en vez de José M^º Herranz Maté, O.S.A.